

Persiflage

¿Por qué no se suicidan los maestros?

= Colaboración directa =

Para el Licenciado don Rogelio Sotela por sus versos del 31 de diciembre de 1931, que me conmovieron profundamente y porque hizo bien cuando dejó el magisterio escolar.

Ca quien anda en casa ajena.—Como está de moda temperar, he aprovechado la invitación de mi amigo Gissing para pasar en su casita unos cuantos días. La invitación es para quedarme varias semanas; hasta meses, si quiero. Como toda la vida he sido pobre, calzo mis puntos de sabio. Calurosa fué la bienvenida que se me extendió, todo lo calurosa que puede ser una demostración de cariño en un inglés que encomia la mesura puritana de su raza. Pero yo sé que, sin dejar de ser sincera la dicha que el viejillo Gissing expresa, no puede durar mucho. Ya, en varias cosas, triviales todas, veo como sembradas las semillas del fastidio. Antes de que germinen debo estar lejos. Ya, varias veces, Gissing me ha dicho, por amabilidad y para halagarme, que no por otro motivo: «Esto es contra mi costumbre, pero porque estás aquí lo haré.» Una vez fué tomar café en el desayuno. Gissing sólo te toma. Otra fué dejar sin llave los armarios en que cuida sus libros. Que cada vez que yo quisiera un volumen tuviese que pedirle el llavero fué cosa que él comprendió que no podía ser ni cómodo ni cortés. «Nunca deo sin llave mis armarios,» me dijo con afabilidad casi paternal; «pero ahora que tú estás conmigo quebrantaré mi costumbre. Así estarás más como en tu casa propia.» Cualquiera equivocaría estas pruebas de afecto. Cualquiera diría: ¡qué suerte la de haberle caído tan bien al viejillo ilustre! La pobreza me ha hecho ducho, y, sin pensar ni por un momento que mi huésped finge, en la propia sinceridad de su cortesía adivino los gérmenes de la malquerencia que indefectiblemente ha de cobrarme si hago larga mi visita. Bien me acuerdo de aquella sentencia que María le espeta a su hermana Elena, «fijas de algo» ambas, en la *Disputa del clérigo y el caballero* del poeta leonés del siglo trece y que dice: «ca quien anda en casa ajena, nunca sal de pena.» En casa ajena estoy.

¿Cuántos somos?—Gissing se ríe de que me haya atrevido a decirle al mundo entero que aquí vive y que su muerte en San Juan de Luz fué treta. «Nadie lo creará», dice, y le brillan los ojos. «Pero, ¿y si alguien viene que lo conozca?» le pregunto. Y él muy serio me ha respondido: «¿Conocerme? ¿Hay, por ventura, quién me haya conocido? ¿Quién conozca a alguien? ¿Quién se conozca a sí mismo siquiera? Tú no sabes lo que dices. Cuando recuerdo mis días de hambre en Londres, mi larga peregrinación de *boarding-house* a *boarding-house*, en el tiempo cuando con esta mano me ganaba el pan haciendo labor de jornalero de las letras; cuando recuerdo las demás épocas de mi vida—ah, my young friend!—Entonces sé que en el espacio de una vida se vive muchas veces; que se nace

y que se muere y que se vuelve a nacer; Cristo no exigía cosa extraordinaria; se es muchas personalidades en una misma vida; se cambia más de lo que cambian los padres en los hijos y los abuelos en los nietos».

Una página de Gissing.—Por ahora me dan cierta clase de deleite esos discursos de este viejo. Pero aguantarlos un mes sería imposible. «¿Por qué no escribe todo eso?» le he preguntado. «Ya lo escribí hace tiempo», fué lo que me respondió. Como quién sabe si ello sea literalmente cierto me he impuesto la tarea de poner en papel, por las noches, en la quietud de mi aposento, mientras que las mil voces de la naturaleza cantan con voz que me llega por la ventana abierta, algunas de sus pláticas. Bien concuerda cuanto Gissing dice, con este ruido del río que no es ni de risa ni de lamento pero que tiene de ambos; con el rumor y murmullo del viento entre los árboles, que no es confesión ni profecía pero que de las dos tiene un deje inequívoco.

No sé a propósito de qué—ni tiene importancia recordarlo—el viejillo, en pantuflas frente al hogar que se ha hecho construir—un *fireplace* en que ardén hermosas trozas de leña,—soltó su latinazo y se puso a hacer reminiscencias.

«*Homo animal querulem cupide suis incumbens miseris*», —dijo.— «¿De quién será eso? Lo hallé una vez en Charron, citado sin mención de autor, y con frecuencia lo he tenido en mente—una verdad bien triste y bien puesta en palabras. Para mí, por lo menos, fué una verdad durante largos años. Me imagino que la vida sería con frecuencia inaguantable a no ser por el derroche de compasión que gastamos en nosotros mismos; en infinitos casos es lo que salva del suicidio. Algunos hallan gran alivio en hablar de sus miserias, pero esos charlantines carecen del profundo solaz que rinde la miseria sobrellevada en un silencio preñado de meditaciones. Felizmente para mí, la maña mía no ha sido retrospectiva; y en verdad que nunca fué, ni respecto de un dolor súbito, costumbre tan arraigada que se me hiciera vicio. Me daba cuenta de mi debilidad cuando me entregaba a ella; y cuando me brindaba consuelo, me despreciaba a mí mismo, hasta «*cupide meis incumbens miseris*». Ahora, gracias al poder desconocido que nos rige, mi pasado ha enterrado a sus muertos. Más aún: puedo aceptar con sobrio júbilo la necesidad de cuanto he sobrellevado en la vida. Así tenía que haber sido; así fué. Para esto me forjó la Naturaleza; con qué fin, no lo sabré jamás; pero en la secuencia de las cosas eternas, éste era mi lugar.

«¿Crees que pude haber alcanzado tan alta filosofía sí, como siempre temí, hubiera tenido que pasar mis postrimerías

en indigencia desvalida? ¿No me hubiera hundido en la más honda y lloricon conmisericordia de mí mismo, humillándome más y más y obstinado en no alzar los ojos para mirar el cielo luminoso?».

El palo de los zopilotes.—Las palabras las doy como las dijo. Están empapadas en sabiduría verdadera. Y ahora me acuerdo de qué era que hablábamos. Hablábamos de lo triste que es ver a maestros ya en las últimas hilachas de la vida, llenos de angustia por el pan cotidiano, sumidos en su miseria, recibiendo a veces su pensión misera, y con ella como sin ella abismados en una pena sorda y sórdida, sin noción de que la vida puede ser —*¡puede ser!*— amable. Por la tarde habíamos ido a dar una vuelta, no muy lejos; vimos un palo que los zopilotes han cogido para dormir. Fué árbol—como el maestro es árbol—; afincó en buena tierra y hondó sus raíces; se extendió en ramas y se elevó; ¿cómo serían sus hojas?, ¿cómo serían sus flores?, ¿qué fruta daría? Hoy, está desnudo y peor que desnudo: blanco, blanco, todo blanco, de lo de los zopilotes, ¡pobre árbol, pobre maestro viejo! De esto hablábamos y yo había dicho cosa cruel que me arrancó el dolor: ¿Por qué no se suicidan los maestros?

Persiles

Heredia, enero, 1931.

Dos libros de Fernando González

<i>Viaje a pie</i>	5.00
<i>Mi Simón Bolívar</i>	5.00

Estas obras de Lugones:

<i>Poemas solariegos</i>	4.00
<i>El ángel de la sombra</i> (Novela).....	4.00
<i>Romances</i>	4.00

Estas obras de Horacio Quiroga

<i>Cuentos de amor, de locura y de muerte</i>	4.00
<i>El salvaje</i> (Cuentos).....	4.00
<i>Anaconda</i> (Cuentos).....	4.00
<i>El desierto</i> (Cuentos).....	4.00

Doce libros famosos a precios mínimos

Dostoiévsky: <i>Los endemoniados</i> . 3 vols. pasta.....	7.50
J. P. Eckermann: <i>Conversaciones con Goethe</i> . 3 vols. rústica.....	4.50
G. Flaubert: <i>Madame Bovary</i> . 2 vols. rústica.....	2.25
Gobineau: <i>El Renacimiento</i> . 4 vols. rústica.....	3.00
Goethe: <i>Memorias de mi vida</i> . 3 vols rústica.....	3.75
Hector Malot: <i>Sin familia</i> . 2 vols. rústica.....	3.00
Fray Luis de León: <i>De los nombres de Cristo</i> . 2 vols. rústica.....	4.50
F. de Rojas: <i>La Celestina</i>	1.50
E. A. Poe: <i>Cuentos Fantásticos</i>	1.50
Rousseau: <i>Contrato Social</i>	0.75
De Senancour: <i>Obermann</i> . 3 vols rústica.	2.25

Pídalos al Admor. del Rep. Am.